

El maestro y su circunstancia

César Bona

Resumen: Con la perspectiva que le da su condición de docente en ejercicio, y extrapolando la célebre frase de Ortega a las condiciones en que los docentes realizan hoy su trabajo, el autor expone una serie de ideas encaminadas a mejorar la situación actual de la educación en España. Para ello se ocupa sucesivamente de la formación del profesorado en la universidad, que considera demasiado aislada de la práctica profesional; del maestro y los valores que deben guiarle en su trabajo, como entre otros el compromiso social; de la realidad del aula, en la que los docentes se enfrentan a problemas como la burocracia y unos currículos excesivamente largos, y en último lugar del sistema educativo, al que se le pide más flexibilidad tanto de horarios como de materias.

Palabras clave: Formación, datos/herramientas, puentes universidad/escuelas, pasión por la docencia, actitudes, compromiso social y medioambiental.

Abstract: With the prospective that comes with being a practicing teacher and extrapolating Ortega's famous phrase about the conditions under which teachers today carry out their work, the author presents a series of ideas aimed at improving the current situation of education in Spain. For this, he successively talks about teacher training at university, which he considers to be too cut off from the professional practice and the values that must guide teachers in their work, inter alia, social commitment; the reality of the classroom in which teachers are confronted by problems such as bureaucracy and a few excessively long syllabi and finally, the educative system which requires more flexibility in terms of schedules as well as subjects.

Key words: Training, information/tools, bridges university/schools, passion for teaching, attitudes, social and environmental commitment.

«**Y**o soy yo y mi circunstancia»: recurrimos a la conocida frase de José Ortega y Gasset para introducir este acercamiento a la realidad de la docencia, pues no tendría sentido decir cómo es —o cómo nos gustaría que fuera— un maestro sin tener en cuenta todo lo que hay a su alrededor. Y lo haremos en cuatro pasos. El primero se referirá a sus raíces, es decir, a la universidad y la formación del profesorado. Trataremos luego del maestro en sí, de la condición de maestro. La tercera sección estará centrada en el aula y en lo que en ella sucede. Y para terminar nos ocuparemos del ámbito que solemos llamar, no siempre con precisión, «el sistema».

La universidad y la formación del profesorado

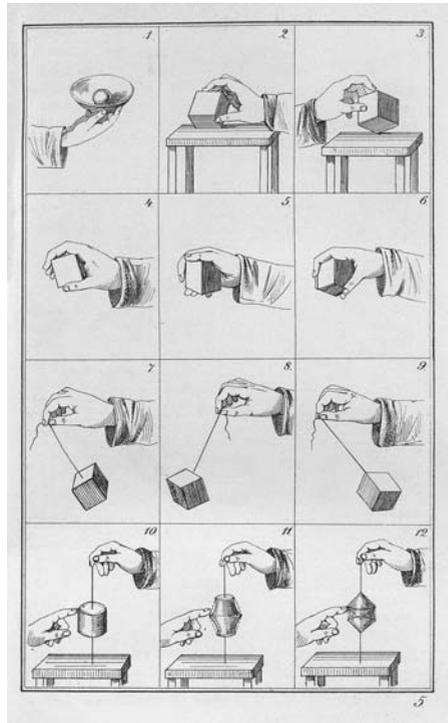
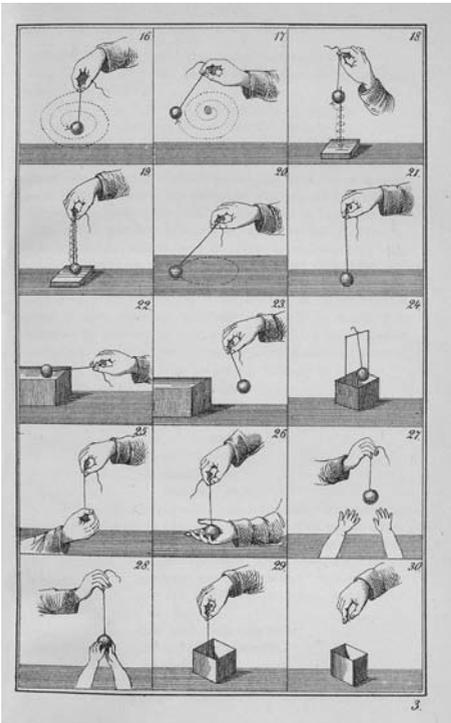
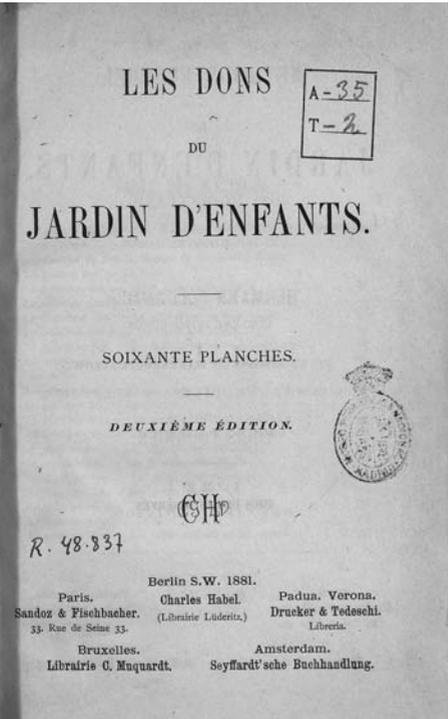
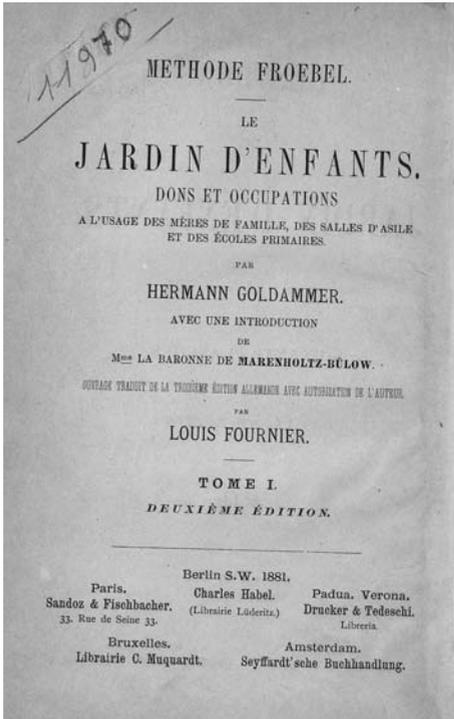
Nada cambiará si las universidades no empiezan a cambiar. Si siguen educando a los alumnos tal y como nos educaban a nosotros, llenándoles las cabezas de datos en lugar de dotarles de herramientas. Pero convendría ir más atrás todavía: el momento

en que un estudiante decide hacerse maestro. Es necesario modificar el acceso a la profesión docente, porque no todos valen para este juego: nuestra profesión es tremendamente importante, y la repercusión que vamos a tener en cientos de niños es muy difícil de medir. Pero ¿qué aspectos habría que tener en cuenta para hacer una selección adecuada de los futuros docentes? Nos limitaremos a señalar dos de los varios posibles. En primer lugar, han de ser *personas C+C*, esto es, creativas y curiosas. Hemos de estimular la creatividad y la curiosidad en nuestros alumnos, y sería muy difícil hacerlo si nosotros mismos no somos creativos y curiosos. Un segundo requisito es haber trabajado en algún proyecto social, de modo que al entrar en la universidad estén preparados para desarrollar el compromiso social, sigan cultivando esa actitud durante sus estudios y luego puedan aplicarla en el aula.

Es fundamental establecer puentes reales entre la universidad y el resto de centros escolares. La universidad no puede ser una institución cerrada, que es lo que sucede en muchos casos en la actualidad. Sería conveniente que profesores universitarios pasaran un tiempo en los colegios y que docentes destacados de escuelas e institutos compartieran experiencias en la universidad. Podría empezar entonces a fluir una auténtica comunicación, y la universidad sería útil para el objetivo que se le presupone, pues a veces se aleja un poco de la realidad de las aulas, con la consiguiente pérdida de valor de sus enseñanzas.

Es muy importante revisar las condiciones en que los futuros docentes realizan sus prácticas en los centros escolares. Podría crearse un protocolo para que puedan evaluar al docente al que se les asigna, pues se tiende a pensar que su única misión es ayudarnos a hacer nuestra tarea diaria, y eso es un error. Hemos de dar el máximo para enseñarles, y si no es así es necesario recogerlo en una evaluación. Así se evitarán los casos en que, cuando realizan sus primeras prácticas, dicen «esto no es lo que yo quiero hacer». Si encuentran a maestros con pasión, seguramente se mantendrán en la idea de ser maestros, y después trabajarán en ello con pasión.

Hemos hecho una pequeña (e informal) encuesta con futuros maestros y maestras que actualmente se están formando en la universidad. Les preguntábamos: «¿qué veis que falta o qué veis que sobra en la universidad?» y «¿qué veis que no os será realmente útil cuando en el futuro seáis maestros?» Y había muchas cosas que estos chicos o chicas echaban en falta o veían innecesarias para la práctica de su trabajo futuro como docentes. Una respuesta fue: «Tenemos un cuatrimestre entero de sintaxis». «Maravilloso —replicábamos—, pero va a ser más que suficiente con la sintaxis que ya sabéis para enseñar nuevas cosas a los niños. Imaginemos que tenemos la posibilidad de revisar ese cuatrimestre de sintaxis y, en su lugar, introducimos herramientas como el estímulo de vuestra propia curiosidad o de vuestra propia creatividad, para que luego tengáis las herramientas para aplicarlas en el aula». Antes hemos ha-



Hermann Goldammer, *Méthode Froebel. Le jardin des enfants. Dons et occupations* (Berlin, Charles Habel, 1881), láminas 3 y 5.

blado de la actitud C+C. Es realmente necesario estimularla en nuestros propios docentes y darles herramientas para que sepan utilizarlas en el aula. Podríamos hablar también de la estimulación de la expresión oral, que es una herramienta vital que usamos todos los días y sin embargo sigue sin enseñarse en las escuelas. Si aprendemos a mejorar la expresión oral podremos educar a los niños en esa faceta. De lo contrario, será difícil hacerlo correctamente.

Por otro lado, las escuelas tendrían que ser centros en los que se fomente entre los niños el compromiso social, que por otra parte debería caracterizar a los propios centros como espíritu colectivo. No es utópico pensar que ello contribuirá a que muchas cosas empiecen a cambiar en la sociedad.

Otro aspecto importante, tanto en la formación de los docentes como en el ejercicio de la profesión, es la gestión de las emociones. Hemos de darnos pautas para saber gestionar nuestras emociones y, después, para poder enseñar a los niños a gestionar las suyas. No olvidemos que no somos más conocimiento que emoción. Se nos olvida atender a una parte del ser humano en las escuelas.

Y la tecnología es también esencial, obviamente. Quien considere que a estas alturas la tecnología no es un asunto que debemos dominar los docentes se está poniendo una venda en los ojos.

El maestro

El maestro ha de ser alguien que inspire para la vida y que eduque para la vida. Un maestro no debe ser alguien que se limite a enseñar matemáticas o inglés: ha de enseñar para la vida. Eso no se nos tiene que olvidar nunca. Veamos una serie de características que concretan esta idea de la profesión docente.

Debemos dar nuestra mejor versión cada día para sacar la mejor versión de los niños. En cuanto a la retribución de nuestra actividad, muchos no haríamos mejor nuestro trabajo si nos pagaran más, y no queremos que nuestra labor se asocie al dinero. Ponemos pasión cada día, y es seguro que hacen lo mismo miles de maestros que hay en España. Lo que nos mueve va por dentro y conecta directamente con la mirada a cada niño que se cruza en nuestro camino. Si nuestro rendimiento dependiera del nivel de retribución, es probable que ello fomentara la competitividad entre alumnos, entre docentes y entre centros. ¿Y quién iría entonces a los centros que llaman «de difícil desempeño»? Hay que valorar mucho más el compromiso y el interés del maestro con sus alumnos, con sus familias, con la escuela y con la sociedad.

Incluso por encima de la vocación, un maestro debe tener una determinada actitud, pues ha de ser consciente de que va a ser ejemplo para muchísimos niños. Los primeros modelos son los padres, el siguiente modelo somos los maestros. Debe tener perseverancia, para que cuando encuentre piedras en el camino sepa que hay que sal-

tarlas, porque eso puede marcar la diferencia entre los maestros mediocres y los que realmente saben de la importancia de su profesión y saben que su misión es sacar lo mejor de los niños a pesar de las dificultades. Debe tener la mente abierta, porque es posible que no nos guste algo, pero puede interesar que a los niños les llegue esa información. Un maestro debe tener las antenas siempre desplegadas, debe estar siempre atento, pues puede encontrar la inspiración en cualquier sitio. Un maestro debe amar el medio ambiente para enseñar a los niños a amarlo y valorarlo: pisamos sobre cemento, pero vivimos en la Tierra y no podemos olvidar que debemos inculcar a los niños el respeto por el medio ambiente y el compromiso de cuidarlo. Un maestro debe ser líder para enseñar a los niños a ser líderes en positivo, a mirar a lo que tienen alrededor e intentar mejorarlo. Como ya hemos señalado, debe ser creativo y curioso. Debe tener, sobre todo, unas orejas gigantes para escuchar: si no escucha, algo falla. Difícilmente vamos a conocer las inquietudes de los niños si no les escuchamos. Debe ser un *abrepuertas*, y más allá de meter datos en las cabezas de los niños ha de ser consciente de que ellos tienen muchísimo que aportar. Y hemos de conocer a los niños y niñas que van a pasar tanto tiempo con nosotros. Hemos de abrir la puerta, además, para que saquen todo lo que tienen dentro. Y un maestro también debe ser humilde, tener claro que siempre puede aprender de los que tiene alrededor, y también, por supuesto, de los propios alumnos.

El aula

«Hagamos de la escuela un lugar al que a los niños les apetezca ir.» Esta frase resume bien una de las claves para luchar contra el fracaso escolar, y abre nuevos caminos hacia lo que debe ser la escuela.

En su quehacer diario, el maestro tiene dos enemigos de mucha envergadura. El primero es la burocracia. Nos pasamos horas y horas rellenando papeles que luego se van a meter en un cajón. Hay que encontrar una solución a esa pérdida de tiempo. Al segundo enemigo suelen hacer referencia casi todos los maestros y maestras: «tengo que acabar la programación que me dicta el currículo». ¿Qué ocurriría si los currículos fueran más cortos? Tendríamos más tiempo para conocer a nuestros alumnos, podríamos invitarles a investigar, a traer nuevos materiales, podríamos crear con ellos...

¿Qué consecuencias tiene que las programaciones sean tan increíblemente largas? Hay aquí bastante coincidencia en el seno de la profesión. La primera son los deberes. «Es que hay que acabar todo el programa, y si no se puede en el aula pues los alumnos lo tendrán que hacer en casa, donde también deben reforzar lo que damos en clase.» Eso significa que no hay tiempo para conocer a los alumnos, porque desde el primer día hasta el último tenemos que arreglárnoslas para hacer el trasvase de todos esos datos. Pero es fundamental que nos paremos y escuchemos a los niños. No

podemos enseñar a unos niños a los que no conocemos. Otra vez el término *escuchar*. Los niños tienen una creatividad y una imaginación asombrosas, y su curiosidad se muere si no les abrimos la puerta para que la saquen.

Veamos otra frase que, como la anterior, está cargada de sentido: «Las puertas de las escuelas han de estar abiertas no solo para que entren los niños sino también para que sus ideas salgan y transformen el mundo». Hablamos de nuevo de compromiso social, de participación infantil en la sociedad. Si les invitamos a participar nos sorprenderá qué cosas tan maravillosas aportan.

El sistema

Pedimos al sistema, en primer lugar, más flexibilidad de horarios, para que sea posible trabajar por proyectos: los resultados de esta modalidad son sobradamente conocidos. En segundo lugar, le pedimos más flexibilidad de materias. En lugar de materias, deberíamos educar, por fin, en competencias. Porque sigue habiendo dudas. Se habla de educar para las competencias, pero la evaluación y la enseñanza con materias siguen siendo la piedra que nadie se atreve a apartar en el camino.

Se debería reflexionar asimismo sobre un hecho que es obvio y que, nos tememos, puede seguir trazando las líneas maestras de la educación en nuestro sistema si no hay alguien que lo evite: el nuestro sigue siendo un sistema de aprendizaje memorístico. El 90 por ciento de lo que se dice en una clase se olvida a los treinta días, y ello tiene una relación directa con la evaluación. La finalidad de la evaluación suele ser poner un número, cerrar esa puerta y empezar otra cosa nueva. Y lo que deberíamos hacer es una evaluación en la cual participen los propios alumnos y que sirva de reflexión. Es hora de pensar para qué sirve una evaluación real.

Para terminar, en la educación debemos mirar con tres perspectivas. Primero, de abajo arriba. Se exige desde la universidad lo que ha de hacerse en el bachillerato; desde el bachillerato, lo que ha de hacerse en secundaria; desde secundaria, cómo se ha de superar la primaria, y lo mismo sucede desde primaria con infantil. Pero resulta que en la etapa de infantil se hace algo tan maravilloso como las asambleas, momentos diarios en los que los niños y niñas aprovechan para hablar de ellos mismos y lo que les rodea. Exijamos que las cosas acertadas que se hacen en infantil se sigan aplicando en los niveles superiores. No es normal que el paso de infantil a primaria sea un salto en el abismo para los niños. Ni que el de primaria a secundaria suponga un trauma para muchos. Así que intentemos tender puentes entre los distintos niveles.

En segundo lugar, hemos de mirar también hacia fuera. Materias como el teatro, la danza o la música funcionan muy bien en otros países, con resultados indiscutibles. Traigámoslas a nuestras escuelas. No veamos solo su aspecto lúdico, pues son fundamentales para sacar los talentos de los niños. Y una vez localizado ese talento, que no



Anton Anděl, *Der Moderne Zeichenunterricht an Volks- und Bürger-Schulen*, Viena, ca. 1880, en Juan Bordes, *La infancia de las vanguardias. Sus profesores desde Rousseau a la Bauhaus* (Madrid, Cátedra, 2007), página 136.

ha de confundirse con el concepto de talento que se da en ciertos programas televisivos, podemos invitarles a que lo usen para mejorar la sociedad.

Y, por último, tenemos que mirar hacia dentro: dar valor a lo que ya tenemos. Miles de proyectos que se hacen en nuestro país son extraordinarios y siguen siendo anónimos. No tenemos que mirar a Finlandia cada vez que queramos poner un ejemplo de lo que se hace bien. Si hay algo que se puede traer porque allí funciona y puede funcionar aquí también, adelante. Es lógico. Pero empecemos por no poner piedras en el camino de los que innovan aquí. Tenemos que apoyar la innovación, y no estaría de más crear una plataforma en la cual se den a conocer esos proyectos. Por otro lado, el papel de los medios de comunicación es a este respecto de enorme importancia. ¿Cuántos maestros aparecen en la televisión? Imaginemos que la presencia de docentes en los medios fuera habitual, que se comentara qué están haciendo y qué pueden aportar desde la educación a la sociedad.

La misión de la educación es hacernos mejores individual y colectivamente. Para ello hemos de mirar directamente a los niños y adolescentes, pues ellos son los protagonistas principales. Y teniéndolos en cuenta, trabajemos para lograr una educación mejor, que revertirá sin ninguna duda en una sociedad mejor para todos.

César Bona*

* Dirección para correspondencia: bile@fundacionginer.org